

## VIII.

Para que el lector pueda comprender toda la importancia que tenía para Jacobo aquella entrevista, preciso es ponerle en aquellos antecedentes que el tiempo y la casualidad han suministrado hasta hoy, haciendo alguna luz en las tinieblas que rodean á crimines todavía impunes, y á intrigas no del todo desenredadas.

Nadie ignora que la masonería quedó triunfante en España al estallar la Revolución de 1868; pareció, sin embargo, con harta razón á algunos caciques de la secta, que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la República, y resolvieron entronizar mientras tanto á un monarca constitucional, que fuera entre sus manos un mero instrumento. Fué entonces elegido á este propósito el

Duque de Aosta, y encargáronse de ofrecerle la corona como delegados de la secta, el general Prim y D. Manuel Ruiz Zorrilla, nombrado más tarde Gran Oriente honorario del Supremo Consejo de España.

Estallaron con estas causas graves disidencias en el seno mismo de las logias, que vinieron á dar por resultado el asesinato del general Prim, mientras la comisión encargada de ofrecer oficialmente la corona de España al Duque de Aosta, volvía de Florencia.

Formaba parte de aquella comisión cierto personaje, hombre práctico y prudente, cuya memoria nos guardaremos bien de deshorrar, suponiéndole sin dato alguno fidedigno que lo pruebe, afiliado á las sectas: es, sin embargo, cierto, que dicho personaje tomaba caluroso partido por la política de una de aquellas fracciones, y llevaba consigo en aquel viaje, con designio misterioso, papeles de gran importancia que comprometían á muchos de los secuaces de la política contraria.

La muerte sorprendió al personaje en Génova el 11 de Diciembre, é ignórase al presente por qué mano fueron á parar entónces aquellos papeles á cierta logia de Milán, que los remitió más tarde á Víctor Manuel como armas preciosas que podían muy bien afianzar en España el trono siempre vacilante de su hijo, atando de piés y manos á ciertos políticos venales, modelo en todas las épocas de deslealtad y de impudencia.

Acertó entonces á llegar á Milán, fugitivo de Constantinopla, el Marqués de Sabadell, perdido y arruinado, y presentóse en aquella logia, donde años antes le había iniciado Garibaldi. Acogieronle los venerables como á enviado del Gran Arquitecto, y presentaronle al punto á Victor Manuel como el hombre á propósito para llevar á España documentos é instrucciones, é imprimir á la política de D. Amadeo el rumbo deseado en Italia.

El refuerzo llegó, sin embargo, tarde, y ya hemos visto cómo la caída del Duque de Aosta destruyó en París las cuentas galanas que no sin probable fundamento tiraba Jacobo. Vióse entonces de nuevo solo y arruinado, y la necesidad, mala consejera siempre y móvil las más de las veces de empresas descabelladas, sugirióle la idea de utilizar en provecho propio el precioso depósito, y aquí comenzaron las complicaciones y los peligros, los planes trazados y abortados.

Era su idea madre poner sus preciosas armas al servicio de alfonsinos ó carlistas, según tuvieran éstos ó aquellos más ó menos probabilidades de triunfo, y para destruir por de pronto el mal efecto que en los primeros había causado su repentina presencia en París, apresuróse á propalar por medio del tío Frasquito la novelesca historia de la Cadina, que tan *gloriosamente* justificaba su fuga de Constantinopla.

Mas érale preciso al mismo tiempo y ántes que nada, hacer perder la pista á los masones

chasquiados, y á este propósito ideó Jacobo reconciliarse con su mujer y oscurecerse á su lado por un año, durante el cual viviría tranquilamente de las rentas de ésta, garantizaría con ellas en lo posible el pago de sus deudas, y tantearía el terreno despacio y sin ruido, hasta encontrar el mejor postor á los servicios que pensaba sacar á pública subasta.

Su reconciliación con Elvira era, por lo tanto, la clave del arco que había fabricado, y tratabase de colocarla en aquella entrevista. Entró, pues, en el gabinete, armado de toda su osadía, sereno, risueño, y con aire de amigo que prepara á otro con su presencia, una sorpresa inesperada y agradable. Al verle entrar la Marquesa, tendióle la mano con grande afecto, diciendo cariñosamente:

—¡Adios, Jacobo!... —¿Cómo te va?... Pero ¡Dios mio, si por tí no pasa el tiempo!... Te encuentro lo mismo, lo mismo que cuando nos vimos hace cinco años en Bruselas. ¿Te acuerdas? ... Jacobo apretó cordialmente entre las suyas, la mano que la dama le tendía, y le contestó con no menos cariño y agasajo:

—¡Ya lo creo que me acuerdo... —Los encuentros contigo no se olvidan fácilmente.... Pero tú sí te has plantado en los veinticinco años: siempre tan .....

—¡Jacobo, por Dios!... —Que abofeteas á la verdad por decir una galantería.... ¿No me ves la cabeza?... ¡Blanca! ...

—¡Cál!... —Eso es refinamiento de coquete-

ría; que te empolvas el pelo, como las marquesas de la corte de Luis XV...

—Ya voy teniendo algun punto de contacto con ellas—exclamó riendo la Marquesa. A lo ménos en lo añejo de la fecha.

Jacobo habíase sentado mientras tanto en una silla, al otro lado del pequeño *secrétaire*, que vino á quedar entre ambos: encontróse algún tanto embarazado después de este primer saludo, y esperando que la Marquesa entrase la primera en el terreno en que uno y otro deseaban encontrarse pòsose á hablar de la afluencia de hombres políticos de todos colores que llegaban en aquellos días á Biarritz: parecía aquello, la costa á que la República de España fuese arrojando los restos del naufragio de la monarquía saboyana.

La Marquesa dió entónces en primer paso, diciendo con intención marcadísima:

—Sí... —Parece que Biarritz es el teatro escogido para las negociaciones diplomáticas.

H zose Jacobo el sueco, y contestó con tono doctoral de hombre político:

—Dudosas se presentan...—No creo que cuaje ninguna...

—?Ninguna:—preguntó riendo la Marquesa. ¿Ni tampoco las mias? .....

—¡Ah! ¡ya eso es otra cosa!—replicó jovialmente Jacobo. A la diplomacia de las faldas, no hay quien resista. Recuerdo haberle oído á Castelar, que el mundo es de las faldas y de faldas: es decir, de las enaguas y de las sotas.

—Pues téngaselo V. por dicho, señor de Bismarck..... Porque supongo sabrás que estoy nombrada plenipotenciaria ...

—Sí,—replicó Jacobo; ya me han entregado las credenciales.

Y al decir esto, puso sobre la mesita del *secrétaire* la carta que, dictada por la Villasis misma, le había escrito Elvira la víspera. Leyóla atentamente la Marquesa como si le fuera desconocida, y devolviósela á Jacobo, diciendo:

—Me parece que están en regla...—Puede el Sr. Bismarck cuando guste, exponerme la marcha de su política.

—Yo creo más correcto que el señor.....

Jacobo se detuvo sonriendo, como si ignorase el nombre de su antagonista diplomático, y la Marquesa le apuntó muy formalmente.

—Antonelli... Así no saldremos de faldas.

—...que Monseñor Antonelli exponga ántes la suya..... El Nuncio ha sido siempre el decano del cuerpo diplomático.

—Y por lo mismo debe de hablar el último; con que cayó V. en un renuncio, señor de Bismarck... Pero no hay que apurarse por ello, que yo expondré con una sinceridad impropia del oficio... Mi política es esta: "Padre nuestro que estás en los cielos... hágase tu voluntad... Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores... No nos dejes caer en la tentación..... Libranos de mal."

La Marquesa supo dar tal inflexión á algunas de estas palabras, que su política fué perfectamente comprendida por Jacobo. Aquello de que los deudores quedaban pordonados, sentóle muy bien, y le llenó de esperanza.

—¡Política italiana!—dijo moviendo la cabeza. Es la mas hábil.

—Italiana no, romana,—replicó vivamente la Marquesa. ¡Es la mas santa!.....

Jacobo creyó llegado el momento de dejar ese tono humorístico, tan peculiar a los españoles hasta en los más graves asuntos, y se dispuso á entrar en materia: colocó los guantes que se habia quitado, sobre la mesa del *secrétaire*, y apoyando en ella ambos codos y dando vueltas al magnífico brillante que en uno de sus mañiques tenia, comenzó á decir mirando sus reflejos:

—Mira, Maria..... Me alegro de tratar contigo este asunto mejor que con Elvira, porque eres una mujer de mundo, y sabrás comprender mi situación y ponerte en mi caso.... Elvira es un ángel.... con alas de cisne; tú eres también un ángel, pero con alas de águila.....

La imágen resultaba bonita, y la Marquesa agradeció el cumplido con una ligera sonrisa.

—Mi situación actual,—prosiguió Jacobo, puede concretarse en esta formula: “He corrido mucho, y me he cansado pronto.” Recuerdo haber leído en Confucio.....

La Marquesa no pudo contener la risa al oír el santo Padre que con tan pedantesca for-

malidad alegaba Jacobo, y corrió éste algún tanto, preguntó contrariado:

—¿Te ries?....

No, hombre, no...—Me rio del autor, no de la cita..... Veamos la sentencia.

—Y bien profunda que es,—replicó Jacobo. “Subi á la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño: seguí subiendo al monte de Tai-Sam, más elevado aún, y el imperio me pareció pequeño.” Así me ha sucedido á mí: mientras más alto me han elevado los eventos de mi vida, más despreciables me han parecido mis triunfos.

—Pues verdaderamente que el Sr. Confucio no anduvo desacertado en la parabolita,—dijo la Marquesa. Pero al aplicarte tú el cuento, te las calzas al revés, amigo mio... No debes de decir *subí*, sino *bajé*; porque esos *triumfos* de tu vida no te han ensalzado, sino rebajado mucho. Por esto debiste decir: “Bajé al charco de Tam-Sam, y la idea de la virtud la perdí de vista; me hundí en la cisterna de Tai-Sam, mucho más profunda, mucho más cenagosa, y las ideas del honor y del deber, se borraron del todo...”

Esta brusca é inesperada arremetida desconcertó por completo á Jacobo, y mordiéndose los labios, dijo amargamente:

—¡Política romana, con todas sus intransigencias!

—¡Política *bismarckiana* la tuya, con todas sus criminales,—¡nótalo bien!—sus criminales condescendencias!...

Jacobo bajó en silencio la cabeza, pálido de ira, y se puso á estirar sus guantes sobre la mesa; comprendió que ese tergiversado criterio moral, que disfraza con pomposos nombres, ruines defectos y vicios en rmes, se lo rechazaban allí por falso: que la *política romana* llamaba al pan pan y al vino vino, al vicio vicio, á la infamia infamia, y á las *pequeñeces* monstruosidades, y convencióse por ende de que había errado el camino, tratando de justificar el pasado. Resolvióse, pues, á cantar la palinodia por completo, y á echar mano al mismo tiempo de lo que juzgaba él su artillería de reserva.

La Marquesa, por su parte, habíale acometido tan brusca y cruelmente para ensanchar el campo en que quería examinarle y no descubrir con una confianza harto prematura y harto crédula, el lazo que le tendía ella al farzante con su estrategia.

—Tienes razón, María,—dijo al cabo gravemente. Pero no podrás menos de concederme, que algo indica y algo merece el amor propio que se doblega hasta hacer esta confesión, y que no es caritativo ni cristiano retirar á quien quiere salir del charco, la mano que puede ayudarle...El P. Sifuentes añadió con triste sonrisa, con ser más *romano* que tú, me ha concedido ambas cosas.

—¿Qué te ha dicho el P. Sifuentes?.....

—Me dió para ti esta carta— contestó Jacobo entregándole una.

Leyóla también la Marquesa como si le fuera desconocida, y apretando darle un alcance que por ningún concepto tenía, dijo vivamente con aire de satisfacción grandísima.

—Esto es ya otra cosa....—El voto del P. Sifuentes, es para mí decisivo, y me tienes por completo de tu parte. Exponme ahora tus deseos, claros y concretos.

¡Castelar tiene razón!... ¡Indudable era que las sotanas partían con las faldas el imperio del mundo!... Y mientras esto pensaba Jacobo con cierto rabioso despecho, que le hacía aún más antipático al P. Sifuentes, púsose á trazar un plan encantador, un verdadero idilio aristocrático, mitad campestre, mitad feudal, que fue exponiendo poco á poco y por partes.

El no tenía deseos, ni podía concebir otros que los que Elvira tuviese: él era el vencido, el perdonado, y no podía tener otras aspiraciones, que obedecer en todo y por todo, y resucitar aquel tiempo lejano en que tan felices habían sido ambos, amándose tanto, tanto.....Y aquí pareció Jacobo muy conmovido, y dió muestras de su erudición, trayendo á la memoria aquello del Dante:

Nessum maggior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria.

y parafraseándolo con aquello otro del Marques de Santillana:

La mayor cuyta que haber,  
Puede ningún amador,  
Es membrarse del placer  
En el tiempo del dolor

La Marquesa parecía encantada y también conmovida, y le instó á que dejando á un lado honrosas delicadezas, le manifestara el plan de vida que sería su gusto entablar, supuesta, como ya podía suponerse, su reconciliación con Elvira.

Creyóse ya Jacobo con esto dueño del campo, y su vanidad inmensa le hizo sentir la satisfacción de haber sabido engañar, ántes que el goce de haber logrado su objeto. Las mil frases bonitas que había leído y conservado en la memoria para matizar con ellas su pintoresca elocuencia, acudieron en tropel á sus labios saliendo á borbotones. ¿Que plan de vida podía tener él, como no fuera pasar la suya entera adorando á Elvira, con una pasión humilde, discreta, satisfecha con arder á lo léjos, como en la última grada del altar el cirio de un pobre?

Allá en tierra de Granada tenía él un castillo antiguo, la torre de Tellez Ponce, con terrenos de labor y montes espesísimos, donde desengañado de la Revolución había soñado muchas veces combatirla, realizando el ideal del Grande de España antiguo, apoyándose en el arado y en la espada, siendo á la vez señor y protector de la comarca, padre de sus colonos, y al mismo tiempo su caudillo. . . . . ¿Que-

ría Elvira ayudarle en aquella obra, encerrándose con él en aquel retiro.?

¡Ah! si la Grandeza entera de España, comprendiendo al fin sus intereses hiciera lo mismo, y dejando á los ricos improvisados y á los políticos de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con sus truhanerías, fuese ella caritativa en los campos, mientras eran ellos usureros en la corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras ellos le rechazan con altanería, el pueblo, el verdadero pueblo comprendería al fin cuáles eran sus amigos sinceros, y el lado de la política podría fermentar en la corte, producir revoluciones, lanzar sobre el país decretos inmundos. . . Mas toda aquella insolencia espiraría sin fuerza sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharía jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos! . . . . .

La Marquesa miraba y escuchaba á Jacobo con entusiasmo, con admiración. . . . . con admiración tan grande y profunda, como que algo parecido á aquella hermosa perorata lo había leído ella en Veuillot hacía varios años; como que allí mismo, en el *secrétaire* que tenía delante hallábase guardada entre los papeles de Elvira, la escritura de venta de la torre de Tellez-Ponce, sacada á pública subasta por los acreedores de Jacobo, y comprada bajo cuerda por Elvira misma, para salvar de los usureros aquel último recuerdo histórico de la familia á que pertenecía su hijo.

La bondadosa sonrisa de la Marquesa no desapareció, sin embargo, ante farsa tan inno- ble, y entusiasmada y conmovida, apresuróse á asegurar á Jacobo que no podía imaginarse un plan más al gusto de Elvira, y que ella lo aceptaba desde luego, y lo refrendaba en su nombre.

—¿No es verdad que mi idea es profunda? —exclamó Jacobo cegado por la vanidad de orador, que era la más grande y la más mimada de todas sus vanidades.

¡Ah! ¡muchas y tristes experiencias le había costado concebirla y desarrollarla!.... Y lo que en aquel momento le hacía encontrarla más oportuna, más cara á su entendimiento y más grata á su corazón, era que ella misma venía á orillar el único reparo que al intentar su reconciliación con Elvira se la había puesto delante: reparo de delicadeza, del hombre de pundonor que quiere ponerse á cubierto de las hablillas del vulgo.....

Habíase enterado en París por el tío Frasquito, de que Elvira había ganado un pleito de interés, que era á la sazón muy rica, y esto estuvo á punto de retraerle, porque el mundo era muy malévolo y mil lenguas murmuradoras se apresurarían á decir, que no eran el desengaño y el arrepentimiento, sino el dinero de su mujer y la ruina propia, los que le impulsaban á dar aquel paso.... Mas retirándose á Tellez-Ponce, podía vivir con las rentas de aquella finca, suya, de él propia, y conser-

var el caudal de Elvira intacto, para patrimonio de su hijo.

Aquella era la primera vez que en todo el transcurso de la conversación nombraba Jacobo al niño, y hacíalo para asegurar una fraudulenta impostura. La Marquesa sintió que el corazón se le oprimía oyéndole hablar de aquel arrepentimiento en que no entraba la idea de Dios; de aquel amor á su mujer en que no entraba la ternura hácia su hijo, y dulcificando con un esfuerzo de su poderosa voluntad más y más su sonrisa, y dando á su acento más marcado tinte de confianza y de cariño, dijo moviendo desdeñosamente la cabeza:

—¡Bah!..—No pienses en eso....

—Sí,—María, sí; hay que pensar en ello, porque lo que se cuenta de los hombres, sea ó no cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en sus vidas, como lo que realmente han hecho. ¡Bien lo sé yo por experiencia propia!

—¡Obrar bien, que Dios es Dios!—dijo sentenciosamente la Marquesa. ¡Ese es mi lema!

—Y el mío también.... desde hace algún tiempo. Pero no hay que perder de vista, que si la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena.

—Pues ya tienes en favor tuyo la de las gentes honradas....

—¿Qué más quieres?....

—Nada, nada más quiero—replicó Jacobo. Por eso, en cuanto el P. Sifuentes me lo aconsejó, cesaron al punto mis dudas.

—Y además de eso,—añadió la Marquesa con ingenuidad sencillísima, tu pensamiento ha coincidido con el mío... ¡Claro está! un hombre decente no podía pensar otra cosa; y por eso, había yo previsto para acallar tus escrúpulos, un remedio facilísimo....

—¡Cuál?—preguntó Jacobo algún tanto suspenso.

La Marquesa levantó la tapa del *secrétaire*, y sacando el documento escrito por ella misma la noche antes, púsosele á Jacobo ante los ojos, diciendo con su sonrisa habitual, tan franca y tan simpática:

—Con firmar este papel, estamos ya del otro lado.

Jacobo comenzó á leer el documento con algún sobresalto, y á medida que recorría sus renglones, contraíanse sus labios y tornábanse color de grana sus orejas. La Marquesa fijaba en él una mirada de compasión profunda: él, al terminar su lectura, arrojó el papel sobre la mesa, murmurando.

—¡Pero María!...—¡Imposible!...—¡Imposible!... ¡Yo no firmo eso!.....

El documento era una renuncia completa y explícita, á toda intervención y á todo derecho que pudiera concederle la ley á la administración de los bienes de su mujer, y al usufructo del caudal de su hijo, tan perfectamente detallada, meditada con tal prudencia, que la codicia y la rapacidad de Jacobo, quedaban atadas de piés y manos, con sólo poner allí la firma.

Antonelli había vencido á Bismarck: el ángel con las alas de águila, había cogido bajo el pié, al demonio con alas de murciélago.

Jacobo, herido en su vanidad, derrotado en sus planes, revolvíase furioso al verse cogido en sus propias redes, mientras la Marquesa, muy sorprendida y admirada preguntábale sin perder un punto de su aparente ingenuidad y su señorial aplomo:

—¿Pero por qué no quieres firmar?... ¿Qué encuentras en ello de malo?....

—Porque... porque... porque firmar eso, es renunciar á mi dignidad de marido.

—¿A tu dignidad de marido?... ¿Pues no decías hace un momento que tan sólo el reparo que este papel allana, te había hecho vacilar al intentar lo que intentas?....

—Es que ese papel rebaja mi dignidad.....

—Ese papel realza y asegura tu dignidad en la opinión pública.

—Cuando se trata del honor, hay que prescindir de la opinión.

—¿Prescindir de la opinión?... ¿Pues no decías ahora mismo, que lo que se dice de los hombres, sea ó no sea cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en su vida como lo que realmente han hecho?....

—Hay casos en que el testimonio de la propia conciencia, es para el hombre de honor suficiente.

—¡Pero hombre... de honor!... ¡Si me decías hace un momento, que aunque la virtud de-